

PAJARRACO

Antonio Skármeta

a Alfred Hitchcock

El mismo hombre ha hecho de rey en una obra clásica, y posteriormente en una playa de güiros y conchilla molida pasó la hora del crepúsculo agarrando a puñetazos la arena. Desde la ventana del cuarto, se aprecia el siguiente detalle: cada vez que el hombre golpea en la arena sale disparado de allí mismo un pájaro, que la vuela y la vuela, y no termina de volar cuando ya otro lo persigue mordisqueándole la cola emplumada, y luego viene otro pájaro con la cabeza aguda contra el cielo, hace pedazos al sol en la pirueta, quiebra nubes, y desnucan el trasero de otra ave, es decir, otro pájaro, falto de aire, con el buche sofocado, indigesto de plumas, vuela a reculadas, da una pena, pero se pierde de vista porque viene un pájaro más o menos grande, como un águila pero no tanto, que azota su pico curvo, la nariz prodigiosa que le ha dado esa madre suya, contra el plumaje del pájaro enfermo que va echando saliva; y el que sigue se viene desangrando, de nacimiento le habían entrado una bala, una munición en los espermatozoos del padre –dénse cuenta- y va tiñendo al paso las nubes, como en una de Gregory Peck en Texas que se le ha acabado el agua y un coyote - feazo el carajo le sigue la pista, le viene lamiendo una larga cosa sanguinolenta que se le asoma del estómago, una tripa digamos (ahora intervienes tú a esta altura del relato: la situación es formidable, porque es la última vez que vas a la matinee del teatro de barrio, te indigesto la anilina del chupete he lado, ese cierto momento crucial en que no distingues entre el de fresa, el de pifia, el de guinda marroquino, y te sale la escena esa después de la serial de Tarzán, y te aprietas en el asiento (te hundes en el asiento se dice) y aquí se fusionan los planos, aparece otro pájaro, un bicho difícilmente descifrable, ponle un halcón bendito, o el cuervo Harry Haley, que aprendió a cantar baladas isabelinas durante la quiebra del Bailey and Barney, bueno, esta era un ave muy sui generis, le habían encargado una misión difícilísima, algo indescriptible, como para una serie de televisión en el mejor horario, domingo a las ocho de la tarde después de "Mi marciano favorito", ¡imagínense que a este pajarraco le encargan la "Misión imposible", algo como para Greg Morris y Barbara Bain y Martin Landau, o para Diana Rigg, en "Los vengadores", pero ni eso, a este pajarito

compañero le han encargado un fardo, de a oídas brillante, es decir si a uno se lo propusieran haría lo mismo que el pájaro, es decir, aceptaría sin vacilar por lo exótico del argumento, por el caché internacional que daría la hazaña, algo como para escribirlo en un libro bueno, algo como "Sinuhé, el Egipcio" de Mika Waltari, algo así, enorme, trascendente, en fin, como una de Spillane, bueno este pájaro se entusiasmó de buenas a primeras, sin pensarlo dos veces, venía medio caramboleado con un cognac búlgaro que bebió en un matrimonio rural, algo mareado con los violines y las hordonas de la guitarra, había salido a dar una vuelta por ahí con el buche emplumado, lleno de tabaco el paladar, algo clueco de alas, se puso a orinar bajo un árbol, de lo más conscientemente, a vejiga suelta, dijéramos, con un paisaje lindísimo (en aquel momento que estás en la matinée lo hubieras tolerado en una de Terry Moore y Robert Wagner, o en "April Love" con Pat Boone), lo que le llaman un paisaje idílico, el descueve, bueno, aquí estaba este pájaro feliz con su tutula méale que méale debajo del durazno cuando se le aparece volando un pájaro mucho más grande que él, pero menos encachado, algo flojo de cintura, y con una chasquilla canosa sobre los ojos pequeños; tenla las plumas arrugadas y un ne sais quoi místico en el modo de pararse en el viento, porque dicho y hecho, se puso a levitar delante del pájaro sin mover las alas, y este pájaro había oído hablar de cosas semejantes, lo había oído en historias que le habían contado los gitanos o García Márquez en la farmacia de Mercedes, porque cualquier pájaro en su sano juicio si se "ponía a volar sin mover las alas se sacaba la cresta, perdonando la palabra, y de repente el pajarraco como un cagón cohete interplanetario se inflama de debajo de las patas y empieza a dejar la tendalada, imagínense que le brotan fuegos artificiales de dondequiera, qué por las orejas, qué por el sobaco, qué por el hoyo del culo, es una voladera impactante, si uno hubiera estado allí se quedaba con la boca abierta, el pájaro se quedó con el marrueco abierto, era como entrar al Lido de Paris por una puerta falsa y agarrar el momento que se empelota la estrella, era de aplaudirlo, palabra de honor que el numerito se cagaba a Houdini (no pierdan el hilo del relato porque esto después se conecta con el resto), imagínense que en un momento dado el pájaro este espiaanta, se hace humo compañero, y después vuelve a aparecer, pero doble, tal como suena, es decir el pájaro que había antes y otro igual al primero, un tour de force, realmente convincente, de no estar tan concentrado el pájaro en cuestión lo habría aplaudido, y lo más grande viene a continuación, el pájaro doble se reunifica, como quien dice, echando un olor

a azufre propio del mismo diablo, o carraspeo, se acaricia la barba, una especie de pluma de papagayo, y dice:

-¿Qué te parecería un trabajito para hacerte de unos pesos?

Piense que un pájaro es como cualquiera de nosotros; sabe que con plata se compran huevos, avena, alpiste, gusanillos frescos, y otras cosa sabrosas.

-¿De qué se trata? -pregunta sacudiéndoselo. El pájaro se da su tiempo.

-Necesito que me eches una mano.

-¿Ah, sí? dijo el pájaro-. ¿Y qué ha escrito usted si puede saberse?

El pájaro viejo se limpió los dientes con una ramita de olivo y lo quedó mirando.

-Un best-seller, muchacho. Una vez me cuadruplicué y dicté El Evangelio.

El pájaro chasqueó la lengua de lo más interesado, pero no quiso pasar por ignorante.

-He oído hablar -dijo.

-También lo llevaron al cine dijo el pájaro viejo y canoso-. Lo filmó en Hollywood Cecil B. de Mille.

-Ah, ya dijo el pájaro guardándoselo-. Ése está casado con la Taylor.

-Justamente. Con Mike Tood, será. claro. En el pasado.

-Claro.

-¿Y en qué puedo servirlo? -preguntó el pájaro.

El viejo carraspeo y se colgó de una rama. Allí se puso a balancearse.

-Es un asunto delicado -dijo, mirando para todas partes. En seguida sacó un aro, una especie de hula-hula, y se puso a menearlo alrededor de la cintura.

-Mira la cuestión que inventé -dijo-. Te lo pones en la cabeza, y quedas más santo que la cresta.

-¿Cómo así? -preguntó el pajarete.

El viejo hizo bailar el aro en una pata, lo resbaló delicadamente por el pulgar, y duplicando el sol en las volteretas se lo puso en la cabeza del pájaro. El avecita, con lo caramboleada que estaba, se sintió el descueve.

-You speak english? -dijo el viejo.

El pájaro había aprendido el abecedario y contaba one, two, three y gracias. Pero llevado por un irrefrenable impulso, dijo:-oh, yes.

-Parlez-vous français?

El pájaro había visto una con Jean Seberg y Maurice Ronet dirigida por Gary que se llamaba "Los pájaros van a morir al Perú" (ad-hoc) y había leído los textos muralleros de "La imaginación al poder". Eso era todo, exceptuando alguna vieja y desabrida balada de Ives Montand. Sin embargo ha replicado.-Ah oui.

-Are you ready? -le preguntó el pájaro viejo.

El pájaro se veía de lo más cuma, con la aureola, que le llamaban.

-Yes, yes, yes -cantó.

El viejo se sentó en una rama, y desprendiendo un damasco se puso a chuparlo, todo desdentado.

-Vas a irte a esta dirección (le extendió una hoja de cuaderno Torre Caligrafía) y me harás un servicio.

-Got it.

-Te vas a este pueblo y preguntas por un tal José.

-José. Go on.

-Vas a verlo, y le presentas esta tarjeta.

-Oh oui -dijo el pájaro.

-Es una carta de recomendación dijo el viejo-. Personal e intransferible. Nada de jugártelo a los dados, couchon.

-¿Cómo se le ocurre? Never mind. Don't worry. Relaxes-vous.

-Le dices que vienes de parte mío.

-De parte suyo.

-Le dices que tú vienes a engendrar a María.

-A engendrar a María. Bien d'accord.

-Le dices que todo está en orden. Según lo convenido.

-Todo está en orden.

-Según lo convenido.

-Según lo convenido.

El viejo lo agarró de un ala.

-Fíjate en el santo y seña. Are you ready?

-Yes, yes, yes -cantó el pájaro.

-Atención -dijo al pájaro-. José dirá "Aserrín, aserrín".

El pajarete, medio caramboleado, se pasó de listo.

-Aserrán, aserrán -replicó.

-Tais-toi, imbécile -a dit le vicillard-. Alors tu lui dis: je suis l'Esprit. The Holy Ghost, got it?

-Oui.

-Eso es todo. Él te explicará el resto.

El pájaro se ahuachó contra el tronco, y lo miró de reojo.

-¿Qué te pasa ahora? -preguntó el viejo.

-¿Combien? -preguntó el pájaro.

-Ten dollar, gastos aparte.

Se arrancó las uñas, y echándoles escupito las transformó en monedas americanas.

-Aquí tienes el viático. No te lo juegues en la taberna.

-Yo no juego -dijo el pájaro.

-Tais-toi -a dit le vieillard-. On m'appel L'Omniscient. Alors, allez.

El pájaro emprendió vuelo. Voluptuosamente le mostraba las costillas al sol, y cuando sentía el pellejo tibio, se daba vuelta de campana en el aire para calentarse la cola. Muy confiado, se puso a tararear "Bye, bye, black bird" sin advertir a un cazador norteamericano que le había tomado ojeriza y lo apuntaba con la escopeta. Cualquier espectador se habría percatado que la bala que le entrara al ave era suficiente para hacerlo picadillo de los sesos. Pero si sería milagroso el pájaro, que asimiló la bala. La digirió, como quién dice, y quiso Dios que le cagara la cabeza al cazador que le había enviado aquél plúmbeo mensaje de finalidad mortal. El norteamericano fue preso de ira y de hondo desencanto porque tenía la medalla P.S.I.C.O.D.E.L. Con una inscripción en oro de concha kilate que decía "John Foster: donde pone el ojo pone la bala". Así que fue una experiencia traumática, y siguiendo la huella del ave, valiéndose de un gerifalte orteguiano (Ref:) le puso galope y galope y emigró a la Tierra Santa. Este halcón del norteamericano era modelo especial hecho para él con una placa con su nombre: "John Foster: five thousand dollar; regalo de un amigo Nelson", y tenía buen pique, bujías nuevas, et vingt chevaux. Además tiraba por el hoyo del culo bombas de cobalto, napal y huevos putrefactos, que al fundirse con el aire procreaban aves de rapiña con torvos picos asesinos para abrir a picotazos las tripas de los rivales. Cuando John Foster se puso a la altura del ave bendita, y se disponía a mandarle un cuervo que le picotease su masa encefálica, el halcón ha levantado un brazo y con gesto

solemne ha atrancado su agujero, de modo que no se le escapa ni un simple aire, et il a parlé. Il a dit:

-Tú ser inteligente, gringo. No desperdiciar más huevas poudridas, con pájarrobis. Dejar huevas poudridas para más adelante. Esperar que pájaro santo pierda la aureola, y entonces tú ir a meterle balo en la oreja. Después aturdirlo con baton de nobles y ahorcarlo hasta morir un pouco con gancho de finanzas. ¿Digmi Niels Hölgerson?

El norteamericano se mascó pensativamente la lengua y dijo:

-Tú muy clever. Ser muy inteligente y ahorrativo de tus huevas poudridas. Ser un halcón más económico que un canario, además.

En tanto, el pajarito, ignorante de lo que se tramaba, había llegado a la Tierra de José, y bajó en picada a la barraca. Detrás le vino ese infame halcón: el gerifalte sacrílego; el mismo que iba a gestar el santicidio, sosteniendo a Foster en el lomo.

El pájaro bajó sobre el barbudo, y pió como pollo:

-Aserrin, aserrín.

José le abrió dos dedos de la izquierda:

-Venceremos.

Dio un revoloteo más.

-Contraseña -mandó.

José se limpió el aserrín de las pestañas.

-Aserrin, aserrán.

-Espíritu Santo dijo el pajarito-. Deus dixit. Vengo a verte por lo convenido.

José descolgó su delantal y lo puso sobre la silla.

-Follow me.

Sobre la arena dibujó un pez grande y tuerto: "Ictus", dijo. Luego adelantó dos dedos de la izquierda.

-Venceremos.

María estaba en la pensión oyendo radio, y el pájaro le dijo que se acostara. Le pasó la aureola, y entonces le dijo: "Estás engendrada de Cristo. Aleluya." Y se mandó a cambiar para gastarse los dólares en una taberna del camino. Al mirarse en el espejo del vestíbulo, advirtió aterrado que tenía una cruz de ceniza sobre la frente. Por mucho que revolviere las plumas, le echara escupo o se la tapase, temblaba como un anuncio de neón. A la salida,

John Foster acechaba con una colt 45, y le metió una bala doublegum, dos en una, en la encrucijada de la cruz frontal.

A consecuencia de este acto de violencia, el pájaro cayó muerto sin más preámbulo. Foster se descolgó del halcón (Ref. :) y agarró al ave del cogote, mientras echaba un último aleteo, como de ánima. Foster mandó embalsamar el pájaro, y se lo llevó en un avión de la Army a su ciudad natal de Idaho, donde después de cenar, se lo muestra orgulloso a sus amigos. Ahora bien, esto le pasa al hombre que cuando niño fue por última vez a la matinée del teatro de barrio saboreando hasta la indigestión helados de gustos discernibles, mientras ve una de Gregory Peck que se le ha acabado el agua y un coyote acarajado -feazo- le va mordisqueando un cordel que le mana del estómago. El hombre se aprieta en el asiento (se hunde se dice) y mete los dedos bajo el cuello de la camisa para limpiarse la transpiración que le va diseñando el cuello. En aquel momento se acuerda de la historia de Harry Haley, que aprendiera a cantar baladas isabelinas, y que era cuervo. Fue finalmente rematado en pública subasta en una de las tantas quiebras de los hermanos Bailey y Barney. Su destino no podría ser más ignominioso: se lo saboreó a avanzada edad el gato de la esquina. Con sus plumas, los chicos de la escuela escriben composiciones caligráficas y pornografías en los bolsones de sus compañeros. Sólo una moción se ha presentado para elevarle una placa recordatorio en el local de la Organización Pro-Música Isabelina en América. Le encuentra entonces cierto parecido con un ave muy sui generis, un pájaro al que le habían encargado una misión difícilísima, algo indescriptible, como para una serie de televisión en el mejor horario, domingo a las ocho después de "Mi marciano favorito" y este hombre que ha hecho de rey en una obra clásica con el cabello en fuego ante el estupor del público, se entrega a la otra pantalla, recuerda su infancia, y se le borra la película, como quien dice.